

# EL ARCO IRIS DE LA SOLEDAD. SOBRE LOS ORÍGENES DE LA EXPERIENCIA ESTÉTICA EN EL PAISAJE DE LA PREHISTORIA DE ANTEQUERA

THE RAINBOW OF SOLITUDE. ON THE ORIGINS OF THE AESTHETIC EXPERIENCE IN THE PREHISTORIC LANDSCAPE OF ANTEQUERA

Damián Álvarez Sala, Centro de Estudios Paisaje y Territorio

‘La duración es el progreso continuo del pasado que corre el porvenir y que se hincha al avanzar... sin duda en cada instante el pasado nos sigue todo entero.’

H.BERGSON. *Memoria y vida*

Una experiencia frecuente al penetrar en un lugar que estuvo habitado en la antigüedad es la sensación de ausencia. Nos envuelve un vacío en el que, como estrellas en la noche o cuentas sueltas de un collar, cobran expresión los restos de aquel entonces, por mínimos que sean, y sentimos el agudo deseo de interpretarlos. Es un sentimiento que no prende únicamente en el especialista, sino en el hombre reflexivo de cualquier época, tocado en lo profundo por unos ancestros cuyos mensajes intuye trascendentes para el entendimiento de su propia condición.

Esos fragmentos, esas piezas sueltas, descubren pronto su naturaleza de valores cifrados. Remiten a estructuras, incompletas y heterogéneas, cuya intencionalidad expresiva alivia de aquel vacío, dejando coaglar una interpretación del mundo y tal vez una sintaxis. Conjeturar significados concretos y completos sobre tal base puede ser tarea prolija pero asequible a partir de figuras o textos rituales o mitológicos, y más complicada cuando sólo se cuenta con pedazos o huellas de objetos, en cuyas técnicas de ejecución se podrá encontrar, sin embargo, el rastro de la intención funcional y la imaginación creativa.

En el camino del conocimiento hacia el fondo de los tiempos, la consistencia de lo significativo dibuja un gradiente en el que, poco a poco, la comunicación con el pasado se desvanece, mientras crece el sentimiento de su necesidad. Hasta que, en ausencia de cualquier señal, apenas queda imaginar qué podían pensar aquellos hombres de unas nubes, una lluvia, una luna, unas rocas, un llano, un arco iris... que siguen ahí, iguales en lo esencial, miles de años después; aunque observados e interpelados entonces, sin duda, con más atención y respeto que hoy.

Sin significados ni significantes, salvo la sola referencia de esos componentes supratemporales del paisaje, se llega a una soledad en la que no parece posible imaginar más de la existencia que prefigura nuestra propia existencia, aunque sepamos que está ahí, que se prolonga en una dirección insondable y en penumbra, pero real. A ese umbral puede corresponder el símbolo más puro y hermético de la naturaleza, el arco iris. Atravesarlo resulta una tentación irresistible, pues sabemos que tras él se encuentra un ámbito tan cargado de información como ese otro más próximo que nos introduce en la prehistoria. Pero para dar ese paso, el caminante habrá de cumplir ciertas condiciones: no sólo hacerse más sabio; también recuperar la inocencia de la mirada primitiva.

001. Caminante, de Miguel García: "en cada instante el pasado nos sigue todo entero..." / Imagen: Javier Pérez González. Fuente: Conjunto Arqueológico Dólmenes de Antequera

'Le temps scintille / et le songe est savoir'  
PAUL VALÉRY. *El Cementerio marino, estrofa II. v.6*

El pensamiento moderno alecciona a buscar la explicación de lo visible en lo invisible. Pero no mediante la disolución de la razón en lo esotérico, sino como hace la geología al desentrañar procesos lógicos en la etiología de la forma y la naturaleza del terreno. La eficacia didáctica de esta ciencia desveladora de la racionalidad de lo oculto la convirtió en paradigma de la economía política, la antropología o la psicología. En particular, esta última utilizó profusamente en sus tesis la analogía entre las formaciones y procesos geológicos y los de la memoria. Hoy resulta sumamen-

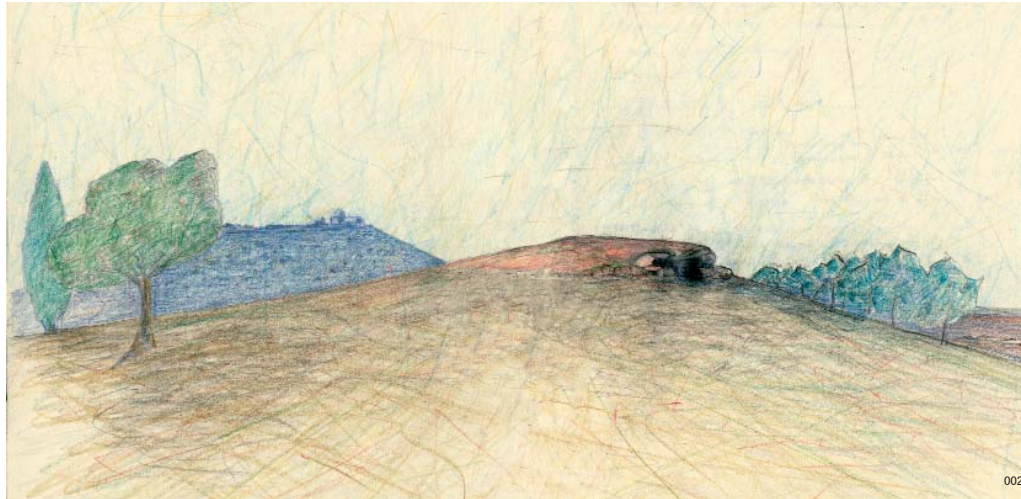
te útil la extensión de tal correspondencia al paisaje, que se muestra a esa luz dotado de estructura interna, en tanto imagen y memoria del territorio.

El corte geológico –una tajo vertical en el tiempo– descubre la pertenencia de todas las formas y procesos del suelo a un mismo sistema, el de la materia en transformación. Y así debemos entender las formas y estructuras de la sociedad actual y la pasada, de la historia y la prehistoria: como un todo cuyo soporte común lo constituyen el paisaje y el patrimonio cultural que atesora. Al igual que para los suelos, también para las formas del habitar habría un código racional inicialmente oculto que explicaría la actividad del hombre en el espacio y el tiempo. Un código a descifrar en esa suerte de texto de textos que inscribe en el paisaje el legado arqueológico. Pero los significados de esos textos no pueden descubrirse si no es a la luz de la intención con la que fueron producidos. Debemos preguntarnos por esa intención.

La concepción occidental de la historia, dominada por la ideología del progreso, oculta que en el pasado las culturas se constituyeron como oposición a la norma universal de la naturaleza: el cambio, el movimiento absoluto, la abrasión o abducción de cualquier ser en el mismo instante de su sazón. Es decir, como oposición al permanente acecho de la muerte; y para ello, como mediación. Los conceptos de distanciamiento, de representación, de interpretación, de aplazamiento, de duplicación de la realidad, de morada donde permanecer a salvo del mortal abrazo de lo inmediato, están tan asociados al origen del lenguaje y la cultura como los que designan las acciones de subsistencia y organización del grupo. Pero advertimos que por ello mismo ese momento es el de la invención del drama; y que tan temprano florecimiento de lo poético vinculado a lo práctico explica la condición 'cuasi' sagrada atribuida al teatro, a los actores, a la máscara y a la escena, en todas las civilizaciones y en todos los tiempos.

La repetición –y no olvidemos que el drama es una puesta en escena que se repite– es ya una forma de no cambio, como lo

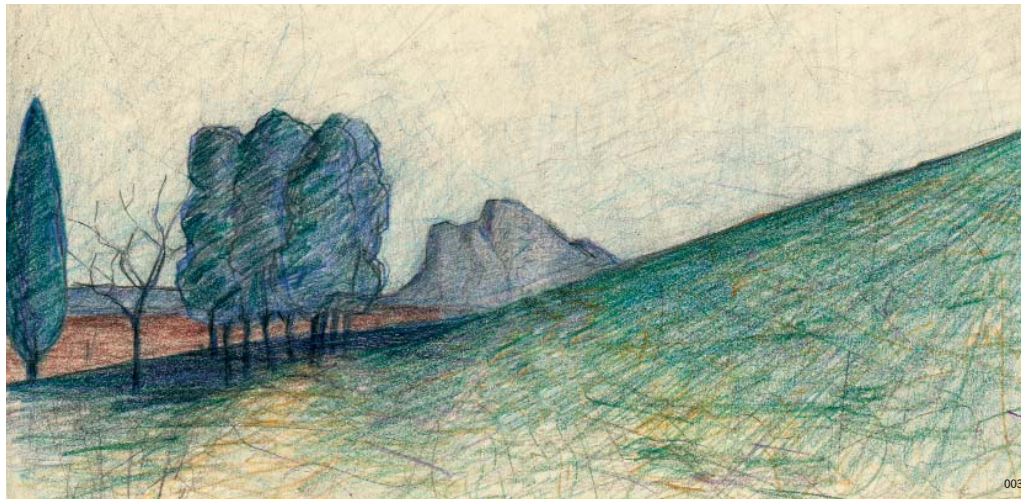




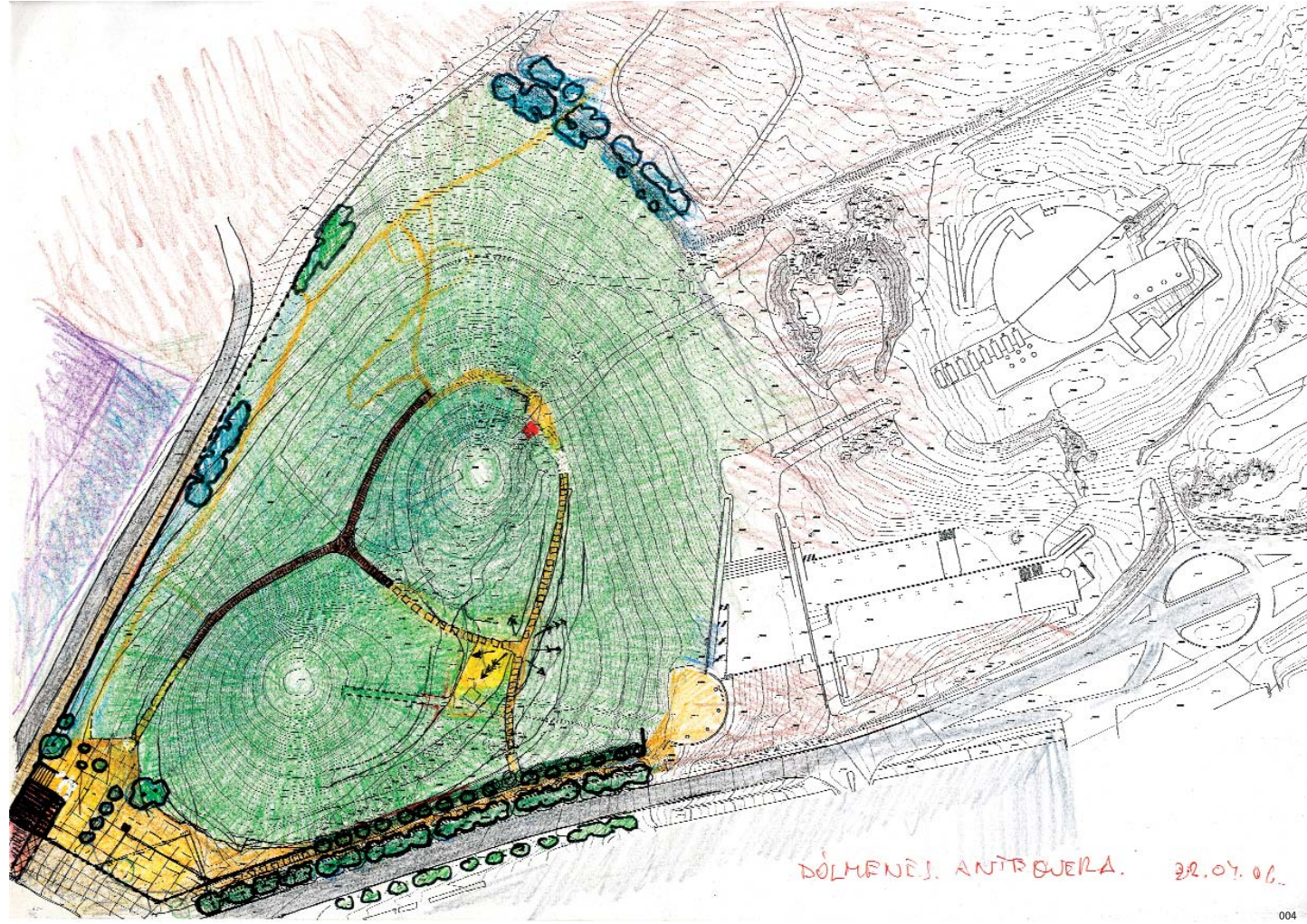
002. Croquis para estudio de accesos y paseos en Menga y Viera / Imagen: Damián Álvarez Sala

003. Croquis para estudio de accesos y paseos en Menga y Viera / Imagen: Damián Álvarez Sala

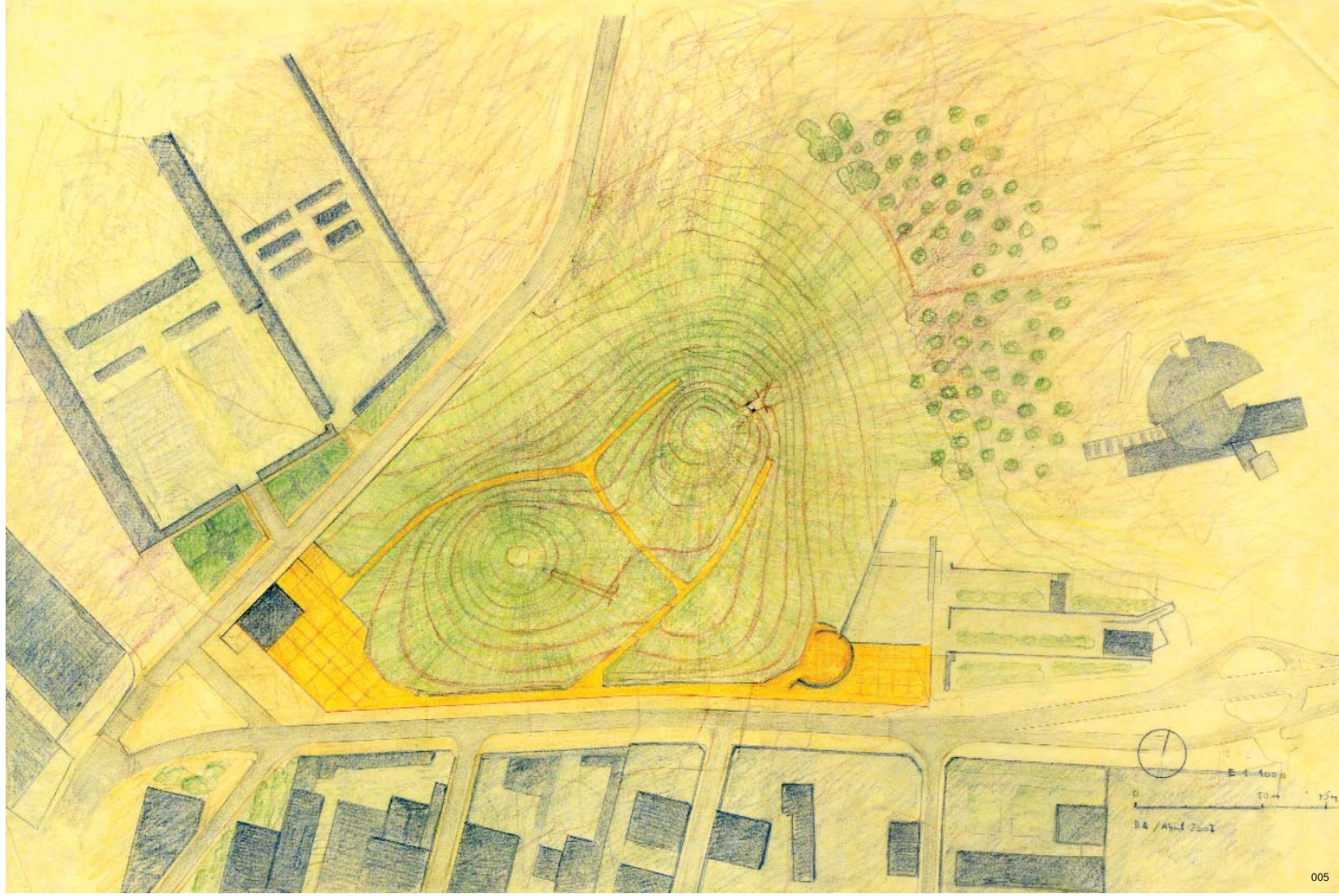
004. Estudio de accesos y pasarela de madera en Menga y Viera / Imagen: Damián Álvarez Sala











005. Propuesta de acceso y paseos en Menga y Viera /  
Imagen: Damián Álvarez Sala

son las semejanzas. También, los espacios en los que se remansa el movimiento, el lago y el llano; y la luz de la luna o la del sol al amanecer, que al iluminar la noche detienen el terror de la imaginación desbocada en la oscuridad. Descubrir las leyes que subyacen a las repeticiones y las semejanzas en la naturaleza fue sin duda el primer objetivo estratégico de la inteligencia; y en el aprendizaje del combinar las correspondencias evocadas por ellas tuvo lugar al nacimiento de la poesía. Finalmente, las culturas del neolítico obtendrán esa gran victoria frente al dominio absoluto del devenir que es el asentamiento del grupo en un lugar elegido. Lugares en los que la relación con la naturaleza, en cada caso, será distinta de la que pudiera desarrollarse en cualquier otro lugar, pues una constitución física o unas trayectorias en el cielo de los astros determinadas los habrán hecho singulares e irrepetibles. Con esa elección, que implica mirada e intención, comenzará en cada uno de ellos la formación del paisaje.

*‘que lo único que hace es componerse de días / que es lóbrego.  
mamífero y se peina...’*

CÉSAR VALLEJO. *Poemas Humanos*

Mediación es comunicación, y por eso la relación del hombre con la naturaleza estará desde el principio construida con imágenes, dramatizada y dirigida a interlocutores elegidos entre personajes de la realidad mitificada a los que se asigna una norma de conducta no susceptible de sorpresas. La inteligencia primitiva operaba como la actual: observaba lo semejante y lo diferente, y relacionaba según ello pares de conceptos. Construía la explicación de la realidad toda a partir de tan elemental rutina, y con el empleo del ‘esto es como aquello’, introducía y desarrollaba en el pensamiento, desde su mismo origen, la dimensión poética. Ello implica que para avanzar en el conocimiento del pasado es necesario penetrar en la visión del mundo, el sentido del paisaje y la imaginación de entonces. Es decir, aprender a mirar como esos antiguos hombres miraban, y a imaginar y descifrar las correspondencias y analogías con las que se tejía

el discurso de su pensamiento. Solo así podremos desentrañar las claves estéticas en las que, tanto como en las técnicas constructivas y de producción, se fundamentó la humanización del territorio. En particular, para entender cabalmente la prehistoria de Antequera, será preciso reconstruir en los términos más concretos posibles la comunicación de los constructores de los dólmenes con su entorno natural y con el mundo. En otras palabras y, refiriéndolo al más antiguo y misterioso de sus monumentos, necesitamos sacar a la luz, ‘excavar’, el poema dramático de Menga.

El legado del megalitismo en el sitio de Antequera es algo más que un conjunto de construcciones de indudable valor artístico y monumental: lo que lleva de Menga a El Romeral es todo un ciclo artístico y técnico, tan dilatado y complejo, tan completo y avanzado, tan vertiginoso en la profundidad de los tramos que dejan entre sí sus hitos principales, tan valioso, probablemente, desde el punto de vista cultural –antropológico, arquitectónico y paisajístico-, tan necesario para explicar lo que somos hoy, como todo lo que, en términos de avances técnicos y artísticos verdaderamente sustanciales, hayan podido producir los tiempos históricos.

Así, el arquetipo de la cueva –de nuevo, el artificio de mediación frente a la naturaleza y el cambio, de distanciamiento de lo inmediato para ‘pararse a ser’- es encarnado en Menga y en El Romeral con una distancia estilística tan amplia y consecuente como la que separa el orden dórico del manierismo renacentista. En ninguna de las dos obras falta nada, pero tampoco –y esto es lo importante- sobra forma o material alguno. Y en ambos casos, como en el arco iris, la construcción es indisoluble del símbolo –el túmulo-, y éste de su función expresiva en el paisaje. Ahora bien ¿cómo explicar tal refinamiento artístico y tal continuidad en la ambición y altura del conocimiento sin la existencia de un espíritu creativo, formado en una visión necesariamente poética, ya que no científica, del mundo? Una mirada al paisaje y un poco de imaginación nos ayuda a considerar la verosimilitud de esa hipótesis.



006. Luna en el lago / Imagen: Damián Álvarez Sala

007. Fotomontaje de paisaje con la Peña de los Enamorados al fondo

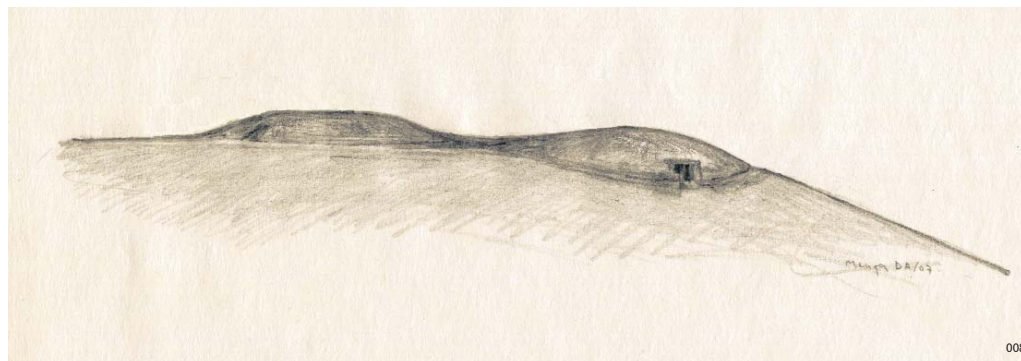
‘que antes que fuera, era’

El lugar es un anfiteatro conformado por un ruedo de colinas en torno al fondo del extenso y doméstico lago antiguo y sus riberas. Un escenario moldeado por el tiempo y la dinámica tectónica de manera insuperable en cuanto a idoneidad habitacional, pero también por su poder de evocación en la formación del ‘logos’ primitivo. La geología señala dos formaciones básicas en la configuración del relieve: los llanos y las rocas emergidas. Los llanos que fueron fondos de antiguos lagos y estuarios, fáciles de caminar, fértiles, nutricios para fauna y vegetación, a los que las tierras altas se articulan a través de arroyos y fuentes, pertenecen al imaginario amistoso de la naturaleza. Su constitución sedimentaria puede ser comprendida intuitivamente y es asociada al fluir del tiempo: al tiempo de los astros y a la vez al tiempo de los hombres. Son grandes clepsidras naturales que en el paisaje expresan el principio civilizador ya señalado de predilección por el remanso y oposición al empuje del cambio. El lago detiene las aguas, acoge a los peces, atrae a los animales a sus orillas, da de beber, y hace fértiles a los suelos. Ofrece una visión lejana y clara del paisaje, y seguridad

frente a quienes se acercan; y sanciona la común pertenencia al lugar de los poblados ribereños, que se ven unos a otros sobre sus aguas. El plano de agua, con la red de arroyos tributarios, ordena la estructura del territorio mediante las condiciones que imponen a la configuración de las comunicaciones. Y, lo que no es poco, adelanta lo que será la regla de oro de la arquitectura de la ciudad, cuyas construcciones deben organizarse en torno a espacios abiertos. Finalmente, y maravillosamente, refleja la imagen de quien se asoma a su superficie.

Podemos suponer que la superficie del antiguo lago fuera el escenario del poema primigenio de Antequera. A sus orillas, pero en el lado opuesto al promontorio de Marimacho y al lugar de Menga, emerge, con imagen de intensidad extrema, la Peña. Inconcebible en su origen y significado para la imaginación primitiva, pero en cualquier caso opuesta a la normalidad del llano y extraña, probablemente, al elenco de interlocutores accesibles, su presencia preeminente –máxima forma y máximo símbolo permanente del territorio- debió ser, sin embargo de su condición ominosa, el eje de la legibilidad del lugar ya para los primeros hombres. En lo que hoy entenderíamos como con-

008. Túmulos de Menga y Viera / Imagen: Damián Álvarez Sala



trapunto natural, componía con el plano horizontal del agua y sus riberas una formación de sólido equilibrio icónico, precisamente por la íntima atracción entre sus nítidas y opuestas figuras. Aún hoy, con su pitón rocoso provisto de máscara, la Giganta parece haber estado preparada desde el inicio de los tiempos para entrar en escena.

Para la imaginación hambrienta del hombre de Menga, la potencia salvaje y temible encarnada en la figura de la Peña pudo tener su contrapartida en la mediación superior de la figura alta, clara y benigna de la luna. La boca de Menga parece dirigir no solo la mirada sino la palabra, tal vez la súplica, a ambas: a la Peña que domina el día con enigmática expresión, y a la que con impecable y exacta belleza ilumina la noche, disolviendo la oscuridad y rescatando para los ojos la fiesta del plenilunio. Al igual que en el poema escrito, la mayor profundidad de la imagen suele descansar en la elección precisa de muy pocas palabras, en el poema mitológico de Menga la correspondencia encontrada entre peña, luna y lago puede haber sido el eje de la experiencia estética primera, y la matriz de toda una concepción del mundo. Tal vez el misterio

del pozo que duerme a resguardo en el fondo de la cámara se disolvería en el fulgor de esa plateada y no menos misteriosa correspondencia.

En pocos lugares como en Antequera el camino hasta el fondo de la existencia del hombre llega tan lejos manteniéndose alumbrado sin interrupción por la presencia del 'logos'; esto es, por el discurso conjunto de la razón y la poesía. En el ámbito de las construcciones megalíticas antequeranas el rastro de la civilización puede seguirse, a través de sucesivas culturas, apenas sin huecos y palpitante, transmitiendo en su consistencia lógica y poética, y en su firme radicación física, la voluntad de construir un lugar propio en el universo; voluntad que es, también, la de sobrevivir al ultraje del tiempo. Y pocos lugares habitados desde la antigüedad ofrecen al espíritu una promesa tan seductora y fiable de ampliar los límites del conocimiento, y llevar más allá de donde se encuentra, más lejos y más hondo en el tiempo, el umbral de la soledad y el silencio.